

EL COMPAÑERO CRÍTICO JOSÉ ANTONIO PORTUONDO*

Roberto Fernández Retamar

Negra Pancha,
qué pimienta...!
Negra Pancha,
qué lujuria...!
De mañana en la batea
y de noche en la cumbancha.

Por inesperado que pueda ser para algunos, estos versos, del poema "Rumba de la negra Pancha", son del Doctor en Ciencias Filológicas José Antonio Portuondo. Se escribieron en 1932. Forman parte de su libro *Bacha, versos negristas*, y junto con otros del autor aparecieron en la *órbita de la poesía afrocubana 1928-37 (Antología)*, selección, notas biográficas y vocabulario debidos a Ramón Guirao, que fue editada en La Habana en 1938. Sin embargo, ni el anunciado libro *Bacha* se publicó, ni, que yo sepa, José Antonio Portuondo ha insistido en escribir versos. Quizás consideró, como dejó dicho en unas páginas autobiográficas póstumas Pedro Henríquez Ureña, de quien José Antonio es uno de los más eminentes discípulos, que "todo el mundo debe hacer versos hasta los veinticinco años; después sólo los poetas." Obsérvese que Henríquez Ureña habla de versos y no de poesía. Esta última, por supuesto, no desapareció de su obra crítica: como en los casos de Marinello y del propio Portuondo, se trasfundió en esa obra, la cual suele tener, entre otras, virtudes que por lo general se atribuyen a la buena poesía en verso.

En lo que toca al resto de la producción literaria de José Antonio Portuondo, la cual, en su mayor parte dedicada cariñosamente por él, tengo ahora desplegada frente a mí como un ejército en vísperas de combate, esa producción es de tal modo amplia y diversa, que me es de todo punto imposible dedicar siquiera un modesto comentario a cada uno de los trabajos que la integran. Ni podría hacerlo en el breve tiempo de que dispongo hoy; ni, aunque mi discurso fuera un curso (por ejemplo, un curso de posgrado sobre los estudios de José

(*) Palabras leídas al otorgársele al Doctor en Ciencias Filológicas José Antonio Portuondo la categoría docente especial de Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana, el 14 de octubre de 1981.

Antonio Portuondo, proyecto que bien vale la pena tomar en serio), ni aún así, digo, estaría ahora en disposición de acometer tal empresa. Para ello, que desde luego implicaría releer y restudiar la cuantiosa obra de Portuondo, me hubiera sido necesario contar con un año sabático, o al menor con un trimestre portuóndico. Pero de más está decir que no he dispuesto de tal tiempo. Por el contrario, nuestra queridísima y vertiginosa Universidad me ha honrado pidiéndome estas palabras con unos cuantos días de antelación; lo que es de veras honra grande: porque hablar de Portuondo lo es, y porque suponer que tal cosa se pueda hacer pasablemente bien en tan pocos días como dedos tiene una mano, es depositar en el honrado una confianza abrumadora. Después de todo, ni los profesores somos émulos de Alberto Juantorena, ni Juantorena mismo, como sabemos, puede mantener siempre su velocidad mayor.

Ante tal circunstancia, he debido renunciar al goce de leer de nuevo la totalidad de la papelería de José Antonio, y me he visto reducido prácticamente a confiar en la memoria (que por algo el magnífico y ahora secular Juan Ramón Jiménez llamaría “ciega abeja de amargura”), apoyando a esa abeja aquí o allá con alguna cita que ya tuviera subrayada en el cuaderno o en el libro. De todas maneras, sería injusto que no mencionara al menos dos hechos que sin duda han sido tomados en cuenta por nuestras autoridades universitarias al darme, la encomienda, tan grata para mí, de pronunciar estas palabras: que en otra ocasión escribí un artículo sobre su obra que al propio Portuondo no debe haberle parecido del todo malo, cuando lo incluyó como prólogo de la tercera edición de su excelente libro *Concepto de la poesía*; y sobre todo que a lo largo de muchos años, privada y públicamente, he proclamado lo que es obvio tanto para mis alumnos universitarios como para los eventuales lectores de algunos de mis trabajos: mi deuda con la obra magistral de José Antonio Portuondo, mi filiación en varios órdenes con respecto a esa obra. Repito hoy esto con verdadero orgullo por varias razones: porque es la verdad; por ser Portuondo quien es; porque en los estudios, como en la creación de obras literarias, me parece enteramente válido lo que Eliot dijo a propósito de la poesía, o mejor dicho de los poetas: que un poeta absolutamente original es un poeta absolutamente malo; y además, porque una de las pruebas de que la condición subsdesarrollada en lo social y lo económico de un país o una zona no tiene que traducirse mecánicamente en el subdesarrollo de toda su producción intelectual está en el reconocimiento allí de familias internas de trabajadores intelectuales, que van construyendo en común, generación tras generación, en un proceso que por supuesto no excluye imprescindibles estímulos foráneos, pero que se configura con un rostro propio y no vuelve a partir siempre de cero para recaer en él de nuevo: y si a nadie en sus cabales se le ocurriría negar en Cuba una continuidad poética que tuvo su primera gran figura en Heredia y llega a los adolescentes que en estos mismos momentos pergeñan sus primeros versos, otro tanto ocurre en lo que toca a los estudios sobre literatura; negarlo es entregarse a una orfandad que deja al sostenedor de este melancólico criterio en situación bien menguada: sin padre ni madre.

Lo primero que salta a la vista en la obra de Portuondo es la orgánica, consecuente y creadora posición ideológica del autor, quien sin duda es uno de los intelectuales marxistas leninistas más relevantes de nuestra América. Lo segundo, la multiplicidad, casi me atrevería a decir la heterogeneidad de su producción. Comencé citando sus “versos negristas”. Pero como el autor no ha insistido en ellos, y ni siquiera los ha recogido en libro, creo que podemos atribuirlos a su prehistoria en este veloz recorrido por su obra. Ahora bien, al margen de tales versos, Portuondo ha ido tocando cuestiones tan variadas como “El centenario de *El capital*” y *Notas sobre el problema epistemológico en la filosofía de Maimónides*, “Sobre el concepto marxista del héroe” y la novela detectivesca, la obra de José Martí y *La presencia de Polonia en la cultura cubana del siglo XIX*, “*La Aurora*” y *los comienzos de la prensa y de la organización obrera en Cuba* y los cambios de la moda, la pintura de Mariano y la “Crítica de la época”, aunque sepamos que ha puesto interés especial en la estética, la teoría y la crítica literarias. Esta diversidad, con ser tan rica, no agota sin embargo su tarea. Esta quedaría bien disminuida si no mencionáramos su larga actividad revolucionaria (que arranca con su participación en el seno del Ala Izquierda Estudiantil de Santiago de Cuba, durante la tiranía machadista, y lo lleva desde 1936 a una firme militancia marxista); sus labores como animador cultural dentro del espíritu de esa militancia, patentes en innumerables conferencias dentro y fuera del país, en empresas radiales como la Hora Cubana de Cultura Popular (1936-37), el Instituto Popular del Aire (1937-38), patrocinado por la Hermandad de Jóvenes Cubanos, y la Hora Ultra (1937-38) de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, en su función como director, coeditor o miembro del consejo de dirección de publicaciones como *Mediodía* (1936), *Baraguá* (1938), *Gaceta del Caribe* (1944), *Unión*, así como en sus constantes y enriquecedoras colaboraciones en muchas otras publicaciones no sólo de Cuba ni de nuestra América, sino también de los Estados Unidos y varios países europeos, dando pruebas más de una vez de lo que él mismo puso como título desafiante a un libro suyo: *El heroísmo intelectual* (México, 1955); su condición de profesor, que se inicia en 1944 en el Colegio de México, prosigue en numerosas universidades de los Estados Unidos, Venezuela y Cuba (donde fue Rector de la Universidad de Oriente), le ha valido recibir el Doctorado Honoris Causa conferido por la Universidad de San Marcos, Lima, y en cierta forma culmina hoy con el merecidísimo otorgamiento de la categoría docente especial de Profesor de Mérito de esta Universidad donde él estudiara, de la que es Profesor desde 1965, y en relación con la cual hay que decir, sin el menor asomo de retórica y sin miedo a las grandes palabras, que es uno de sus hijos más preclaros por su conducta, por su saber, por su tarea formadora; su carácter de fundador y primer director del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, y de dirigente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba; y sin pretender agotar su biografía, su faena como diplomático, en el ejercicio de la cual ha defendido con la gallardía, el talento y la chispa que lo caracterizan a la Revolución Cubana, tanto en foros internacionales como al frente de nuestras Embajadas en México (país al que se halla

entrañablemente unido por haber estudiado y trabajado allí junto a nobles figuras de la inteligencia) y en el Vaticano, donde ha cumplido con éxito la difícil tarea de sustituir a otro compañero intelectual de altísimos méritos en la tarea diplomática: Luis Amado Blanco. No podremos olvidar que en el formidable discurso del 16 de abril de 1961 en que el compañero Fidel, la víspera de la invasión mercenaria, proclamó el carácter socialista de nuestra Revolución, está citado el entonces Embajador de Cuba en México, José Antonio Portuondo, a propósito de unas enérgicas y valientes declaraciones suyas hechas durante aquellas horas dramáticas. Ni tampoco podremos olvidar, los que alguna vez tuvimos ese privilegio, la forma delicada, fraternal y eficaz con que él y esa otra mitad suya, toda belleza y luz, que aparece nombrada siempre al frente de sus libros, “Berta, compañera”, saben recibir en su Embajada, que con ellos allí es siempre un cálido pedazo de la patria.

Ante la imposibilidad material, como he dicho ya, de comentar la totalidad de su producción escrita, en la que voy a centrarme en estas páginas, es menester poner énfasis en algunas obras, e intentar algún orden en ellas. No es poca la tentación, a propósito de esto último, de trasladar a nuestro caso lo que sugirió José Antonio en el prólogo de su último libro publicado hasta la fecha: *Orden del día* (La Habana, 1979). En dicho prólogo (llamado “Fíjate, compañero”), él propuso una solución para el orden del día de las millonarias reuniones que solemos tener (no ceso de repetir la frase que le oí a Félix Pita Rodríguez: “el nuestro no es sólo un pueblo unido, es además un pueblo reunido”). La sugerencia de Portuondo es ésta: “un ‘orden del día’ permanente, invariable, reducido a tres puntos esenciales: 1. Tiñosas. 2. Paracaídas. 3. Asuntos generales.” Si no me atengo, sin embargo, a tan atractiva clasificación, es porque ella atañe a esa obra de circunstancia, con “sentido perentorio y de urgencia inmediata”, que es la habitual tanto en Portuondo como en prácticamente todos los intelectuales revolucionarios, durante estos años hermosos, afiebrados y entusiastas: lo que, si excluye la serenidad, da vigor y fuego al trabajo. Pero en la producción del maestro santiaguero no hay sólo tal obra de circunstancia, sino también trabajos más demorados, estudios más sosegados. No quisiera, sin embargo, abandonar aquellos términos mencionados por Portuondo sin recordar lo que a propósito de ellos y otros similares dice José Antonio en el prólogo mentado:

Ya nuestro Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba ha iniciado el estudio de “los campos semánticos en el léxico sociopolítico de Cuba” y sobre “la fraseología cubana del período revolucionario”, que, a su debido tiempo, nos dirán mucho sobre este afán justo de “optimizarlo” todo, de la zafra a los versos, de acuerdo con las orientaciones que nos “bajan” o los planteamientos que se produzcan “a nivel de” los organismos pertinentes...

Una vertiente importante de la obra de José Antonio Portuondo es la que atañe al estudio de la literatura o incluso de la cultura cubana en su conjunto. El primer libro suyo de esta línea fue su *Proceso de la cultura cubana* (*Esquema*

para un ensayo de interpretación) (La Habana, 1938). intento inicial por presentar con una óptica marxista leninista nuestra cultura. No es sólo el título lo que recuerda al último de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de José Carlos Mariátegui: “El proceso de la literatura”. Es que la perspectiva y el aliento de este libro, al mismo tiempo sabio y juvenil, revelan en Portuondo la fértil impronta dejada en él por el gran peruano, quien había desaparecido tan sólo ocho años antes. El libro sigue conservando interés porque, además de presentar a la luz del materialismo histórico una visión de nuestro pasado cultural, ofrece el pulso vivo de la cultura cubana en aquel año de 1938, en que la guerra de España había decidido tantas vocaciones y alertado a tantas inteligencias.

Portuondo afinará aún más sus instrumentos en *El contenido social de la literatura cubana* (México, 1944), pequeña obra ceñida, como su nombre lo indica, a la literatura, y a un aspecto (esencial) dentro de ella. Pudiera decirse que de un desarrollo de la misma y de un posterior “Esquema de las generaciones literarias cubanas” (recogido en *La historia y las generaciones*, Santiago de Cuba, 1958), surgiría, en 1960, su *Bosquejo histórico de las letras cubanas*, que en 1962 conoció una segunda edición ampliada, y que, traducido al francés, el ruso, el chino y el alemán, se habría de convertir en uno de los libros que más han contribuido a dar a conocer en el mundo una visión panorámica de nuestra literatura.

Esta vertiente de la obra de Portuondo la ha de completar por el momento un libro que la Editorial Letras Cubanas dará a conocer próximamente, con el nombre *Capítulos de literatura cubana* y prólogo de Salvador Arias. Ignoramos aún el contenido del libro, pero de suponer que incluirá una parte de los muchos y valiosos trabajos que José Antonio ha dado en conocer en publicaciones periódicas y en volúmenes con colaboraciones de autores varios —y quién sabe si también algún material inédito hasta la fecha—, y donde ha estudiado acuciosamente desde los orígenes de nuestra literatura hasta Nicolás Guillén y otros autores contemporáneos. Creo que puede y debe decirse que con la suma de sus textos en este orden Portuondo ha colaborado más que nadie a que se tenga una visión científica, atendida al materialismo histórico, de nuestra literatura.

A tres años de haber publicado su *Proceso de la cultura cubana*, José Antonio Portuondo terminó de escribir otro libro fundamental: su tesis para optar al grado de Doctor en Filosofía y Letras de esta Universidad de La Habana. Aunque en nuestro país luchamos encarnizadamente contra los privilegios, algunos sobreviven. Así, como profesor de la Universidad de La Habana, ejercí un día el inocente privilegio de ramonear (actividad que el diccionario no recoge en el sentido con que aquí lo usamos y que debe tener algo que ver con Gómez de la Serna) entre las muchas tesis de grado presentadas en nuestra antigua Facultad de Filosofía y Letras, y di con el original de la tesis de Portuondo. Llamo la atención sobre esto, porque el libro no aparecería publicado sino cuatro años más tarde, por El Colegio de México, lo que implicó algunas ligeras modificaciones. La tesis original, llamada *Concepto de la poesía (Introducción a la Teoría de la Literatura)*, lleva a su frente una “Advertencia” donde se lee:

El presente trabajo —destinado de manera primordial a servir de tesis para el Doctorado en Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana— aspira a iniciar en nuestro país, y tal vez en nuestra lengua, de una manera más o menos sistemática, los estudios de Teoría de la Literatura. (...) En ello estriba la novedad del presente trabajo, y en la adopción del materialismo dialéctico como criterio científico rector del mismo.

Ya en otra ocasión insistí en el hecho de que este libro, escrito entre 1940 y 1941, aunque sólo vino a ser publicado en el 45, con el escueto título *Concepto de la poesía*, antecede al libro capital de Alfonso Reyes *El deslinde. Prolegómenos a una Teoría de la Literatura*, publicado en 1944, y que había sido previamente, según confiesa Reyes, “la base de un curso en El Colegio Nacional. México, junio a agosto de 1943, y febrero a marzo de 1944”; curso que, por consiguiente, también fue posterior a la realización de la tesis de Portuondo, quien sí se valió, desde luego, de trabajos anteriores de Reyes. En consecuencia, el libro de José Antonio no pudo ser deudor de *El deslinde* (el cual, según Portuondo, inicia “los estudios de Teoría de la Literatura (...) en nuestra lengua, con plena autoridad”), y debe ser leído como un texto anterior al del maestro mexicano. Vistas así las cosas, es grande la admiración que merece esta tesis de Portuondo, quien no tenía aún treinta años cuando empezó a escribirla: tesis que se proponía, como ya se ha dicho, “iniciar en nuestro país, y tal vez en nuestra lengua, de una manera más o menos sistemática, los estudios de Teoría de la Literatura”, y hacerlo habiendo adoptado “el materialismo dialéctico como criterio científico rector”. Estoy seguro de que no incurro en patrioterismo si afirmo que este texto de Portuondo merecía un reconocimiento internacional. Recuérdese que sólo a partir de la publicación en 1933 de la antología realizada por el investigador soviético Mijáil Lifshits de textos de Marx y Engels sobre cuestiones estéticas y literarias empezaron a conocerse con verdadero rigor los criterios que sobre tales cuestiones tuvieron los fundadores del materialismo dialéctico e histórico. Piénsese igualmente en un libro tan admirable por muchos conceptos, pero tan insuficiente o confuso por otros, como *Ilusión y realidad* (1937), del extraordinario inglés Christopher Caudwell, quien, como su gran compatriota Ralph Fox, murió heroicamente peleando en la guerra de España, y se comprenderá por qué digo esto. Piénsese por último en el libro del también inglés George Thomson *Marxismo y poesía*, riguroso coetáneo del de Portuondo. Thomson, a quien entre nosotros conocemos no sólo por ese libro, sino también por otro dedicado a los primeros filósofos griegos, fue un seguidor de Caudwell. Al publicarse en Cuba *Marxismo y poesía*, en 1969, lo acompañaba una “Nota del editor” que dice:

Sería difícil medir la importancia de este ensayo sin tener en cuenta que fue escrito cuando la bibliografía marxista sobre el tema aún no había alcanzado la difusión y la coherencia que hoy tiene en todo el mundo. Es en los últimos años de la década del treinta y principios del

cuarenta que la crítica marxista aborda la literatura y el arte en lo que tienen de específico.

Y más adelante, se afirma que en ese libro Thomson “nos da un análisis que en cierta forma inaugura la aplicación científica del marxismo al estudio de la génesis del arte. Por encima de sus limitaciones, ahí radica la vigencia de este ensayo.” No me interesa ahora polemizar con esas palabras, lo que llevaría a considerar cuánto hay de avanzado sobre el tema en Marx, Engels y Lenin, cuánto hay de salvable en Lafargue, Mehring o Plejanov, cuánto debemos por ejemplo a Lunacharsky (de quien Desiderio Navarro acaba de entregarnos la más amplia y atinada antología que existe en español). Lo evidente es que lo válido en las palabras anteriores aplicadas a Thomson puede ser dicho literalmente de Portuondo, cuyo libro me parece superior al del inglés, el cual, desde luego, no carece de méritos.

Entre 1944 y 1946, Portuondo fue becado por El Colegio de México para realizar estudios e investigaciones de Teoría Literaria bajo la orientación de Alfonso Reyes, al mismo tiempo que enseñaba en la institución. Sin duda se trató de una rica experiencia intelectual, por el rigor y la sonriente y vasta sabiduría del gran mexicano, los cuales han debido dejar huella en las virtudes similares que posee Portuondo. Pero en todo caso, como ya he dicho, el núcleo inicial de la Teoría Literaria propuesto por Portuondo es previo a esa relación suya con Reyes.

Sólo en 1972, y en La Habana, volvió a ver la luz *Concepto de la poesía*. Esta segunda edición apareció acompañada de cinco “aproximaciones a la Teoría de la Literatura”. No voy a repetir aquí lo que en otra parte dije sobre esos textos, los cuales no serían exactamente los mismos en la tercera edición, que volvió a ser mexicana (1974). Me limitaré a insistir en la agudeza de la nota “Teoría de la Literatura”, escrita como comentario a la primera edición (1949), en inglés, de la *Teoría de la Literatura* del checo René Wellek y el norteamericano Austin Warren, y a volver a lamentar que esa nota no hubiera aparecido, como prólogo o como epílogo, en la edición cubana (1969) de dicha obra. Lo que es singular, y vuelve a llamar la atención sobre la importancia que no pocos textos de Portuondo tienen más allá de nuestro Continente, es que la obra en cuestión, al traducirse hace pocos años al francés, provocara entre los epígonos del estructuralismo que a la sazón hacían ola en Francia, una beatería de la que hubiera podido aliviarlos la lectura del comentario que nuestro inquieto santiaguero había dado a conocer décadas antes en la revista *Cuadernos Americanos*: comentario que no se limitó a la fácil alabanza del libro ni a la no menos fácil pedrea, sino que desde el primer momento hizo ver, con riguroso criterio marxista leninista, las virtudes y los defectos del libro.

Si bien Portuondo, siguiendo en esto por desgracia a Reyes, no ha llegado a completar su propia Teoría de la Literatura, no es menos cierto que ha dejado, no sólo en las “aproximaciones” mentadas, sino en muchos otros trabajos, ca-

pítulos de esa teoría. Así, por ejemplo, cuando emplea el método estilístico, por primera vez en Cuba, al analizar “Los dos príncipes”, de José Martí, en el último capítulo de la versión original de su tesis: capítulo del que, quizás por su carácter más práctico que teórico, prescindió al aparecer editado el libro, y que sólo vino a publicarse en 1974, en el número 5 del *Anuario Martiano*. Otra relevante contribución suya es su apreciación, tan infrecuente entre teóricos e investigadores marxistas, del criterio generacional, en trabajos como “Realidad y falacia de las generaciones”, de 1950, o “‘Períodos’ y ‘generaciones’ en la historiografía literaria hispanoamericana”, de 1948 (recogidos ambos en *La historia y las generaciones*, cit). Sin pretender agotar el terreno, es imprescindible mencionar su visión de la propia crítica hispanoamericana, que a menudo es una teoría de dicha crítica: véanse sus textos “Situación actual de la crítica hispanoamericana”, de 1949 (recogido en *La emancipación literaria de Hispanoamérica*, La Habana, 1975), y en especial su imprescindible “Crisis de la crítica literaria hispanoamericana”, 1952 (incluido en *El heroísmo intelectual*, cit.). Si a ello añadimos sus estudios de conjunto sobre literatura hispanoamericana y otros sobre autores y obras en concreto que con frecuencia desbordan su marco para apuntar a cuestiones teóricas, se comprenderá por qué afirmé en 1972 que no pocos de tales trabajos, dicho sea con las mismas palabras que entonces empleé, “constituyen imprescindibles aportes suyos a una teoría de la literatura hispanoamericana”. Para algunos escasos lectores del tipo llamado por Lezama “de teclado ligero”, la mera mención (que no habían escuchado antes) de que pudiera existir tal teoría, les produjo un curioso sobresalto. Es grato y estimulante saber que, a diferencia de ellos, el propio José Antonio Portuondo, con toda su orquesta, escribiera posteriormente, en las palabras que leyó durante el acto de investidura de Doctor Honoris Causa en Lengua y Literaturas Hispánicas de Alejo Carpentier, celebrado en este mismo lugar el 3 de enero de 1975: “Alejo Carpentier (...) (que) ha abierto nuevos caminos en la narrativa y en la musicología, en el periodismo y en la radiodifusión (...) ha fundamentado teórica, científicamente, toda esa rica labor creadora, trazando pautas para una nueva teoría de la literatura hispanoamericana.” (El subrayado es nuestro. R.F.R.).

No cabe duda de que una tercera línea de estudios en que José Antonio Portuondo ha alcanzado uno de los más altos niveles no sólo en nuestro país ni sólo en nuestro Continente, sino en el mundo todo, es la que corresponde a sus trabajos sobre José Martí. Aunque sería injusto decir que durante el primer cuarto de este siglo la labor martiana fue olvidada entre nosotros (bastaría recordar entre otros hechos que entonces se realizó la primera edición de sus obras, en quince volúmenes, compiladas por su fiel albacea literario Gonzalo de Quesada y Aróstegui), es a partir del ensayo seminal de Julio Antonio Mella “Glosas al pensamiento de José Martí” (1926) cuando empieza a verse con pupila científica el sentido revolucionario profundo de la tarea del Maestro. En esta línea, donde descuellan entre otros Emilio Roig y Juan Marinello, se encuentra Portuondo. Creo que le corresponde a él haber realizado el primer estudio serio sobre “Aspectos de la crítica literaria en Martí” (1942), y más tarde la que hasta

ahora sigue siendo la mejor contribución sobre el tema: *José Martí, crítico literario* (1953). Ha estudiado también “La voluntad de estilo en José Martí”, ha abordado estilísticamente “Los dos príncipes” (en trabajo al que me referí ya), ha subrayado el carácter de escritor revolucionario de Martí, su tarea periodística, sus ideas sociales, su teoría del partido revolucionario, lo ha comparado (señalando, llegado el caso, simpatías y diferencias, como hubiera dicho nuestro maestro Reyes) con Darío, con Hidalgo, con Juárez, con Lenin, con Botev; y ha combatido con energía los “Retratos infieles” de Martí y el diversionismo ideológico en torno suyo: aspecto este último que cobra nueva y deleznable vigencia ante el desfachatado anuncio hecho por los gobernantes fascistas norteamericanos de que a partir de enero próximo comenzará a funcionar en los Estados Unidos, con destino a Cuba, una estación de radio que llevará el nombre de nuestro Héroe Nacional, el primer antimperialista de nuestra patria mayor, el más implacable censor de los males del capitalismo norteamericano entre las grandes figuras de nuestras guerras de emancipación, el autor intelectual del 26 de Julio, según la declaración tan famosa como justa del propio Fidel. Sólo la grosera arrogancia y la estulticia rupestre de tales gobernantes explica un hecho de esa naturaleza. De más está decir que cuantos nos consideramos martianos, dentro y fuera de nuestro país, combatiremos con todos los medios a nuestro alcance esta burda patraña. Entre esos combatientes, una vez más, tendrá sitio de vanguardia José Antonio Portuondo.

Muchos de sus mejores trabajos sobre Martí han sido reunidos finalmente en un volumen que, con el título *Martí, escritor revolucionario*, publicará pronto, en colaboración con la Editora Política, el Centro de Estudios Martianos, de cuyo Consejo de Dirección, naturalmente, forma parte Portuondo. Se trata de una noticia feliz, ya que hasta la fecha a los estudiantes y a los estudiosos de la obra del Maestro se les hacía difícil consultar no pocos de los medulares trabajos de Portuondo sobre el autor de “Nuestra América”. Y estos trabajos en no pocos casos aportan revelaciones definitivas.

Dentro de la diversidad de asuntos tratados por Portuondo (una diversidad de la que hemos querido dar una idea aunque vaga en líneas anteriores), no querría dejar de señalar sus originales contribuciones a una mejor comprensión, a un mejor enjuiciamiento, de la novela detectivesca, policial o policiaca. El primero de esos estudios suyos, *En torno a la novela detectivesca*, fue ofrecido en forma de conferencia en la recordada Sociedad Lyceum de La Habana, en el mes de marzo de 1947. Ese mismo año, una versión crecida de la conferencia apareció publicada como uno de aquellos lindos *Cuadernos Cubanos*, el primero de la Colección del Sijú: *Cuadernos* que, lamentablemente, tuvieron vida efímera. Ya Reyes había defendido esa literatura dos años atrás exponiendo entonces criterios que atemperaría en 1959, cuando escribió: “Yo exageré en 1945 hasta decir que era el género clásico de nuestro tiempo, una impopular verdad a medias, como lo definiría Chesterton.” Aunque aquella defensa hecha por Reyes en 1945 debió influir en Portuondo, lo cierto es que lo habitual para la época era cierta actitud vergonzante cuando no hipócrita, según Reyes, entre los ya

numerosos lectores de tal literatura. En lo que toca a nosotros, la conferencia de Portuondo resultó, como tan frecuentemente han sido sus trabajos, fundadora. No sólo reveló en el erudito en tantos otros temas un conocimiento copioso de novelas policiacas (conocimiento que comparte con algunos miembros de nuestra Facultad que yo me sé, válgame el mistralesco dativo ético), sino una aguda visión marxista leninista del tema, lo que, según creo, no tenía precedentes en la lengua. Para Portuondo, la novela policial es (...) un género popular de literatura que aprovecha la realidad emocionante, iluminadora, del crimen para mostrar el poder superior de la razón humana y revelar las miserias de la sociedad contemporánea, del orden social vigente. (...) Nueva novela de caballería en nuestra edad de la decadencia capitalista.

Entre los otros trabajos de Portuondo sobre esta literatura, quiero destacar de modo especial la respuesta a la revista *Moncada*, que apareció en el número 1 de 1971, y “La novela policial revolucionaria”, prólogo de una novela cubana; y quiero destacarlos, porque tales trabajos, así como la gestión personal de Portuondo, han tenido una evidente responsabilidad en que se haya desarrollado, sobre nuevas bases ideológicas, una literatura policial de la Revolución Cubana, que se halla en proceso de crecimiento, y cuenta ya con varias obras de buen nivel. Ha correspondido a nuestro Ministerio del Interior, a través de sus concursos, dar el apoyo esencial a ese desarrollo, y a Portuondo, a la cabeza de otros compañeros, ofrecer la fundamentación teórica del hecho. No quiero dejar de mencionar que al calor de esta literatura policial de nuestra Revolución, José Antonio Portuondo, sin dejar de ser el hombre de carne y hueso que es, pasó a ser en vida un personaje de ficción. Como tal aparece en la novela de Luis Rogelio Noguerras y Guillermo Rodríguez Rivera *El cuarto círculo* (1976), que está dedicada “a José Antonio Portuondo, compañero”. El sosías de José Antonio es allí “un hombre de algo más de sesenta años, de tez rozagante y blanquísimos cabellos”. lee *El deslinde*, a los clásicos del materialismo dialéctico e histórico y a Martí, además de novelas policiacas, se llama el doctor del Pino, y por supuesto colabora a descifrar el enigma.

Como anuncié, y como a estas alturas temporales es evidente, estoy obligado a dejar en el tintero páginas sin cuento sobre las mucho más numerosas que José Antonio ha dedicado a una miríada de asuntos. En lo que toca a la crítica literaria, sin embargo, hay algunas cuestiones a las que no puedo dejar de aludir.

En un texto fundamental que ya mencioné, y que en 1982 cumplirá treinta años de haberse publicado por primera vez, “Crisis de la crítica literaria hispanoamericana”, Portuondo señaló entre las causas de aquella crisis la falta de una estable concepción del mundo en que apoyar las tablas de valores, de una adecuada Teoría de la Literatura, de preparación en los críticos jóvenes, y de una prensa realmente independiente; y concluyó señalando que en este instante de crisis total que vive el mundo —no estamos pensando sólo en Hispanoamérica— el buen crítico debe poseer, por encima de todas las virtudes intelectuales que tradicionalmente se le exigen, una eminente cualidad moral, el heroísmo.

Heroísmo para soportar sin quiebras la destrucción de sus instrumentos de trabajo, la presión conjurada de la política y la estrangulación económica, el exilio, la cárcel y la muerte.

A casi tres décadas de escritas esas palabras, muchas de ellas conservan una actualidad que sobrecoge. Los brutales regímenes reaccionarios impuestos con la connivencia o por la decisión directa del imperio yanqui en tantos de nuestros países han significado para no pocos de sus mejores críticos, de sus mejores intelectuales, como de sus pueblos en general, "el exilio, la cárcel y la muerte". Entre las recientes exposiciones de este hecho dramático, véase por ejemplo la conferencia de Mario Benedetti "El escritor y la crítica en el contexto del subdesarrollo", 1977 (*Casa de las Américas*, n. 107, marzo-abril de 1978, recogido luego en el libro del autor *El recurso del supremo patriarca*, México, 1979. Pero también es verdad que el triunfo de la Revolución Cubana, a siete años de aparecido el texto de Portuondo, abrió un capítulo nuevo, irreversible, en la historia de nuestra América, y, entre muchos otros aspectos, ha hecho reverdecer allí (aquí) el marxismo leninismo, lo que no podía dejar de manifestarse en los estudios literarios. Hoy puede hablarse ya de una nueva crítica literaria latinoamericana donde muchas de las faltas agudamente señaladas por Portuondo son cada vez menos visibles. Ello no quiere decir, desde luego, que tal crítica nueva (y esto es válido también para otros estudios literarios) haya surgido sin vínculos orgánicos con trabajos del pasado prerrevolucionario. Además de que ella sería impensable sin la labor previa de un Martí, un Henríquez Ureña o un Reyes, demos la palabra sobre este punto (ya que siempre es difícil ser juez y parte) a la estudiosa francomexicana Françoise Perus, quien en entrevista aparecida en la revista panameña *Tareas*, n. 51, ener-marzo de 1981, afirma con toda razón:

tales planteamientos no carecen de antecedentes ni surgen en el contexto latinoamericano actual en forma aislada. Pienso ante todo en la obra primera de José/ Carlos/ Mariátegui, en Juan Marinello y José Antonio Portuondo, que sentaron una tradición de análisis de las prácticas y los procesos literarios latinoamericanos a la luz del materialismo histórico. En esta tradición, de la que somos todos tributarios, se inscriben actualmente los ensayos de Roberto Fernández Retamar, las agudas reflexiones de David Viñas, los trabajos de Jean Franco, los de Antonio Cornejo Polar, Nils Castro, Carlos Rincón o Angel Rama. A estos trabajos hay que añadir además las investigaciones que en este mismo campo se llevan a cabo en los países socialistas (europeos, como los de Adalbert Dessau en la R.D.A.

En el caso concreto de la Cuba revolucionaria, José Antonio Portuondo, en su intervención en el Fórum de la Crítica organizado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en 1962, señaló los tres deberes capitales de "un crítico cubano en nuestros días": estudiar con seriedad el materialismo dialéctico e histórico y los correspondientes "instrumentos de investigación estética para poder

aplicarlos a la nueva realidad que se está produciendo entre nosotros”, “orientar al público consumidor”, y “colaborar con los compañeros creadores” (“Más sobre la crítica”. 1962. en *Estética y Revolución*, La Habana, 1963). En nuevos textos, José Antonio ha ampliado estos deberes o funciones, en consonancia con lo que planteara Juan Marinello en una memorable conferencia suya “Sobre nuestra crítica literaria” ofrecida en esta Universidad el 4 de diciembre de 1969. Para el gran maestro, “la crítica actual (...) debe ser *explicación, orientación y creación*.” Juicio en que insistirá en entrevista que algo antes de su muerte le hiciera el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas. Dijo entonces el autor de *Creación y Revolución*: “El crítico no deja —no debe dejar— de ser un creador, y en ese maridaje se encuentran los críticos mejores”, entre los que Marinello, desde luego, cita a Portuondo. Por su parte, José Antonio, en su trabajo “La crítica y los modos de interpretación de la obra literaria” (aparecido originalmente en *Anuario L/L*, n. 3-4, 1972-73, y recogido luego en *Orden del día*, cit.), dirá que la crítica literaria es “uno de los géneros o formas de expresión literaria, y, en consecuencia, participa de los caracteres propios de toda obra u objeto literario”. Y más adelante: “tan creador es el crítico literario como el autor criticado.”

Otro punto que es necesario subrayar en Portuondo es que la firmeza de sus convicciones en ésta como en todas sus tareas (“tenemos que insistir con Gramsci”, ha dicho, “en la condición *militante* del crítico literario”), no lo cierra dogmáticamente a la constante búsqueda de las ciencias o a la riqueza multiforme de las artes, ni lo lleva a sentirse más allá de cualquier polémica interna, siempre que ella sea mantenida con la limpieza y el espíritu camaraderil de que él mismo no se cansa de dar muestras.

Hay además en la tarea crítica de José Antonio Portuondo algo que de seguro es una de las mayores satisfacciones que pueda recibir un investigador o un crítico: su carácter fecundante. Ya mencioné cómo él ha contribuido al desarrollo de la literatura policial en la Cuba revolucionaria. De algún poeta sé que lo acribilló a cartas hace años, cuando era muy joven e inexperto, y obtuvo muchas respuestas orientadoras de él. Tengo entendido que su trabajo “Alcance a las relaciones”. de 1956 (recogido luego en *Astrolabio*, La Habana, 1973), hizo renacer en Santiago de Cuba, la ciudad de su corazón, esa “curiosa forma de teatro popular” que se había perdido por “la ignorancia prejuiciosa y la desidia”. Su actual reflorecimiento, gracias a la excelente tarea del Cabildo Teatral Santiago dirigido por Raúl Pomares, es otra de las muchísimas razones para que todos vayamos a la feérica Santiago, “en un coche de aguas negras” o como se pueda. Pero el ejemplo más hermoso de ese carácter fecundante de la crítica de Portuondo nos lo ofrece la obra de José Soler Puig. Desde su novela inicial, *Bertillon 166*, que obtuvo el primer Premio de Novela Casa de las Américas, en 1960, hasta esa obra maestra de la novelística latinoamericana que es *El pan dormido* (1975), el consejo sabio, generoso y fraternal de José Antonio para su gran coterráneo ha desempeñado un papel decisivo. Pocas veces tiene un crítico la ocasión de realizar tamaña labor; y pocas veces tiene un escritor la dicha de

contar con tal crítico. Se trata de un ejemplo admirable en el que José Antonio ha puesto en evidencia, “con todos los hierros”, su concepto de lo que es, de lo que debe ser un crítico.

A lo largo de estas páginas, hemos visto que Portuondo no es solamente un crítico: es también un teórico, un historiador, un investigador, un profesor (mejor un maestro, según su propia definición: “*el hombre que forma*”), un diplomático y varias cosas más, todas buenas. Sin embargo, creo que su definición mejor es la de crítico: por supuesto, la del que ejerce esa crítica de que, según Portuondo, habló el gran colombiano Sanín Cano al decir: “La crítica abarca todas las zonas del pensamiento, porque criticar, según lo está evidenciando el origen de la palabra, es fundar, discernir, opinar.” ¿No ha fundado, discernido y opinado, amplia y luminosamente, nuestro José Antonio Portuondo? Y no sé por qué uso el pasado, ya que, para volver a citar a Sanín Cano y aplicarle de nuevo la cita de José Antonio, un hado benigno lo ha condenado a vivir joven. Con perplejidad y esperanza (esto último, por evidentes razones egoístas) me enteré de que está próximo a cumplir setenta años. Aquel joven de ojos claros e inteligencia y corazón aún más claros que una tarde, hace más de treinta años, mi novia y yo vimos levantarse en una conferencia como quien ve a una leyenda viva, ha trocado la cabellera oscura por una hermosa cabellera blanca. Nada más. La lealtad a los principios, la generosidad, el fuego, la avidez de saber, la cordialidad, el humor, hasta su elegante, esbelta y liviana figura de esgrimista en vacaciones, son los mismos. La vida, que a nosotros nos dio el privilegio de tenerlo, le ha dado a él grandes y merecidas felicidades, desde la plena identificación con la mujer amada y un magisterio que crece y crecerá en discípulos agradecidos, hasta llegar a ser protagonista de la Revolución por la que luchó desde su juventud. Para él, como para Pedro Henríquez Ureña, “el ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual.” Este sabio apasionado de justicia ha escrito una y otra vez que, sobre todo en situaciones revolucionarias como la que vivimos, el crítico es “simple y sencillamente el *compañero*. Nada más.” Los que nos hemos enriquecido en forma incalculable con sus libros, sus artículos, sus conferencias, sus clases, sus cartas, sus conversaciones, su firmeza ideológica, su humanismo socialista, su risueña e insondable erudición, podemos aquilatar plenamente lo que esto quiere decir. Hace algunos años escribí Pepé (creo que se le puede llamar por su nombre verdadero, ahora que voy a terminar): “En el proceso histórico de la crítica literaria hispanoamericana dos figuras se destacan capitales: Andrés Bello (1781-1865), el fundador, y Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), el orientador.” Claro que otros nombres pueden citarse. Hoy es imprescindible añadir uno cuya compañía nos llena y nos ha llenado durante décadas de orgullo y de alegría: José Antonio Portuondo, nada menos que el *compañero crítico*.